

# Prácticas historiográficas en revistas culturales latinoamericanas del siglo XX<sup>1</sup>

Historiographical Practices in 20th Century Latin American Cultural Magazines

María Marcela Aranda<sup>2</sup>

 <https://orcid.org/0009-0002-0837-6929>

## Resumen:

La revista *Cuadernos* (1953-1965) forma parte de una cartografía editorial atravesada, institucionalmente, por la “guerra fría cultural”. Sus directores (Bondy, Gorkin, Araquistain y Arciniegas) definieron una escala conceptual transcontinental en sus tópicos y la elección de los colaboradores. Este trabajo indaga en las representaciones de “lo americano” a través de autores y temas seleccionados que marcaron épocas de publicación en la revista en los ‘50 y ‘60. Su pretensión performativa desnudó la sedimentación conflictiva de lecturas e interpretaciones entre quienes compartieron el momento temporal y el espacio escritural, o “espacio de experiencia”. El diálogo entre la historia de las ideas, la historia cultural y la dimensión histórica “global” facilita abordar historiográficamente esas tecnologías del conocimiento (producción, enunciación, redes de sociabilidad), aplicando las nociones “presente histórico” y “pasado práctico” en las múltiples espacialidades y temporalidades que situaron a *Cuadernos* en el campo político-cultural de la época.

**Palabras clave:** revistas culturales latinoamericanas, historiografía, siglo XX.

<sup>1</sup> Artículo realizado en el marco del proyecto “América Latina: representaciones, prácticas, espacios. Debates historiográficos y disputas por los sentidos y las significaciones” (SIIIP-UNCuyo, 2022-2024, Cód. 06/G059-T1. Res. 3713/2022-R.)

<sup>2</sup> Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Contacto: [marcela.aranda@ffyl.uncu.edu.ar](mailto:marcela.aranda@ffyl.uncu.edu.ar)

**Abstract:**

The journal *Cuadernos* (1953-1965) is part of an editorial cartography institutionally influenced by the “cultural Cold War”. Its editors (Bondy, Gorkin, Araquistain, Arciniegas) defined a transcontinental conceptual scale in their topics and selection of contributors. This work explores the representations of “Americanism” through selected authors and themes that defined publication periods in the magazine in the 1950s and 1960s. Its performative pretensions exposed the conflicting sedimentation of readings and interpretations among those who shared the same temporal moment and writing space, or “space of experience”. The dialogue between the history of ideas, the cultural history, and the “global” historical dimension facilitates the historiographical approach of these technologies of knowledge (production, enunciation, networks of sociability), by applying the notions “historical present” and “practical past” to the multiple spatialities and temporalities that placed *Cuadernos* in the political and cultural field of the time.

**Keywords:** Latin American cultural magazines, historiography, 20th century.

## 1. Introducción

La revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* se editó sin interrupciones entre 1953 y 1965, formando una geografía editorial atravesada, institucionalmente, por los efectos de la “guerra fría cultural” (Stonor Saunders, 2013). Los sucesivos directores de la revista (François Bondy, Julián Gorkin, Luis Araquistain, Germán Arciniegas) definieron una escala conceptual transcontinental a través del programa, los tópicos y la elección de quienes escribirían en ella, haciendo gala de “una tradición previa y constituyente de su cultura letrada” (Jannello, 2021)<sup>3</sup>. La preocupación por “lo americano” fue sustantiva para muchos

<sup>3</sup> La tesis de la autora es que el “frente cultural occidental” o “frente atlantista” no fue homogéneo, más allá de su ubicuidad enfrentada a las políticas culturales del espacio soviético. Por ello, reconociendo sus articulaciones concretas, matices geográficos y cruces inesperados, el desafío investigativo es desbrozar una “guerra por las ideas”. En este proceso, las redes revisteriles en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura estimularon la figura del gestor cultural, luego profesionalizado como cientista social.

colaboradores de la revista –de diversas pertenencias nacionales–, que hicieron de esta categoría un plan de acción con pretensión de globalidad, pero asentado en nuestras particulares tradiciones históricas.

El presente trabajo –que hace dialogar la historia de las ideas políticas y sociales (Ferreira Funes y Llanos, 2014), la historia cultural (Chartier, 1992) y la historia global (Fazio Vengoa y Fazio Vargas, 2018; Hausberger y Vázquez Valenzuela, 2023; Tamm y Burke, 2019; Conrad, 2017)– analiza las tecnologías del conocimiento y sus condiciones (producción, enunciación, redes de sociabilidad intelectual) articuladas con las múltiples temporalidades y espacialidades que hallaron, en la episteme “América Latina”, el lugar de *Cuadernos* en el campo cultural y político de la época. Las nociones de “presente histórico” (Koselleck, 1993) y “pasado práctico” (White, 2012) permitirán estudiar en sus páginas un mosaico de representaciones sobre “lo americano” que, en su pretensión performativa, desnudó la sedimentación conflictiva de lecturas e interpretaciones entre quienes compartieron el momento temporal (o epocal) y el espacio escritural (Quijada Mauriño y Bustamante García, 2002), o espacio de contemporaneidad.

En la tríada discurso-poder-ideología, la revista es un tipo de soporte material concretado como medio y discurso, pero sobre todo como “dispositivo”<sup>4</sup> revelador de las fortalezas y limitaciones de las

---

<sup>4</sup> Según lo ha planteado Michel Foucault, un “dispositivo” es un conjunto heterogéneo de discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, reglamentos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, etc. que pertenecen a lo dicho y a lo no-dicho de una “red”. Estos elementos se vinculan en el programa de una institución, pero también pueden justificar y ocultar prácticas y habilitar nuevas prácticas de racionalidad. Así, un “dispositivo” es una formación que respondió a las urgencias de un momento histórico. Los dispositivos producen formas de subjetividad, pues los individuos inscriben en sus cuerpos, mediante prácticas discursivas y no discursivas, aquellas praxis, saberes, instituciones, cuyo objetivo es administrar, controlar, orientar, dar un sentido útil a sus propias gestualidades y pensamientos. Para Gilles Deleuze (1990) un “dispositivo” implica líneas de fuerzas que van de un punto singular a otro formando una trama de poder, saber y

batallas narrativas libradas en su época. Lejos de atribuirle notas previas al análisis de la revista, éstas se desprenden cuando la abordamos como objeto de estudio o información historiográfica (Aróstegui, 2001). *Cuadernos* moduló espacios de poder-saber cuyas tramas discursivas se complementaron y potenciaron en las tensiones regionales e internacionales durante las décadas de 1950 y 1960: por un lado, el auge de la tensión estadounidense-moscovita y posterior enfriamiento; por otro lado, el alineamiento triunfal del movimiento revolucionario cubano con la URSS y consecuente apogeo de la ola revolucionaria latinoamericana.

Entonces ¿cómo repensar la relación cultural e ideológico-política entre las creaciones editoriales americanas y las que fungían como tutelares occidentales durante los '50 y '60? La apropiación se produce en sentido hermenéutico porque el texto se actualiza en la lectura que se abre a la relación entre el mundo del texto y el mundo del lector que lo recibe, modificándose su representación del tiempo y los sujetos; pero también reconociendo las condiciones socio-históricas que vuelven desigual aquel proceso (Chartier, 1992). Por un lado, la intertextualidad –analizada desde la historia de las ideas– precisa los conceptos de “contextos de publicación” y “contextos de edición”, operativos y necesarios a la forma material del objeto de estudio. Expresan mediaciones del lenguaje en la selección y diagramación de imágenes, textos, tipografías, avisos comerciales, etc. (Louis, 2014). También describen el marco, institucional o no, en que fueron editadas y que designa el conjunto de la publicación, así como la red constituida por las revistas publicadas dentro de una cultura. *Cuadernos*, por ejemplo, fue gestada desde una organización supraestatal (Congreso por la Libertad de la Cultura) que buscó incidir

---

subjetividad, y es relativo a ciertos regímenes históricos de enunciación. Según Giorgio Agamben (2011), su disposición en red produce distintas posiciones de sujetos; y cada uno es lugar de múltiples procesos de subjetivación y de luchas por reconocer su identidad frente a la de otros. (García Fanlo, 2011).

en la arena cultural americana y occidental durante 1950 y 1960, al revelar la trayectoria de definiciones americanistas en autores y temas representativos.

Por su parte, el concepto “contexto de producción” designa sus condiciones materiales específicas, culturales y sociales. Refieren a la elaboración de la revista: financiación, impresión, reuniones del grupo, proyecto intelectual detrás de la publicación, circuitos del papel, polémicas de época, etc. La reconstrucción de este contexto es menos previsible porque los rastros sobre el modo de producción de ciertos soportes materiales pueden ser escasos y complejos de interpretar. Aun así, su rastrillaje conduce hacia agentes e instituciones, grupos y asociaciones que dan luz a vinculaciones político-ideológicas y culturales enriquecedoras del estudio del conjunto de la publicación.

De modo que la revista es práctica social y espacio de sociabilidad, donde se manifiestan las dimensiones políticas y culturales que identifican redes y fijan tácticas y estrategias de quienes intervienen como productores, mediadores y destinatarios (es decir, editores, autores, lectores, distribuidores) (cf. Louis, 2014). Estos procesos individuales o grupales facilitan comprender el recorrido del editor en su propósito de insertar la obra en un mercado específico, a pesar de los cuestionamientos al contenido de la revista. Las convergencias activas y afinidades electivas que se conjugan en ella atraviesan luchas por el poder e identifican las vinculaciones entre campo cultural y campo político. (Agulhon, 2009; Dosse, 2002; Löwy, 1997).

¿Qué tipo de pasado estudiamos al analizar una revista cultural? Hayden White (2012) distingue entre pasado histórico y pasado práctico para diferenciar el estudio de los historiadores profesionales y las formas en que diferentes personas, incluso profesionales de otras disciplinas, evocan ese pasado al modo de un espacio de experiencia (Koselleck, 1993) y toman decisiones en la

vida cotidiana. La revista ofrece ese pasado práctico, pues se nutre de recuerdos, trasunta ilusiones, desafía el presente, adopta posturas, recoge valores y actitudes en la información que –en forma de artículos, reseñas, encuestas, notas de opinión, editoriales, imágenes, viñetas, etc.– los sujetos que escriben y sus grupos de pertenencia reúnen para justificar, excusar, encubrir, en fin, explicar las acciones de su propio proyecto de vida. Quienes escriben en una revista cultural se involucran con su espíritu y su trayectoria vital se sitúa entre la afinidad o la interpelación al programa de aquella.

Entonces, la pregunta es: ¿qué puede ser considerado un hecho y qué un evento específicamente histórico? Porque las revistas ofrecen tramas intertextuales, que son archivos y guardianes de memorias, con nociones muy variadas. Son huellas indiciarias para entender qué hacer con los testimonios y cuán relevante es su legado para comprender problemas actuales. Estas empresas culturales introducen la experiencia de quienes –en otros tiempos, otros lugares y otras circunstancias– dieron cuenta de sus posibilidades y su intervención histórica. Nuestra actual posición historiográfica es privilegiada, por cierto, ya que nos dice qué evidencia –adecuadamente procesada– nos autoriza a “afirmar un conocimiento acerca de un presente ya pasado que ningún actor de ese presente pudo haber poseído” (White, 2012, p. 25). Sin embargo, las revistas culturales irrumpieron en escenarios históricos candentes, tironeados entre la apología o la contestación al orden vigente. Conforman espacios de experiencia a los que se interroga desde el lugar práctico para descubrir, en la disposición de sus textos e imágenes, la relación entre la escritura factual y la escritura ficcional<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Hacia 1970 Hayden White definió la obra histórica como “estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa” (White, 1992, p. 9), conjeturando que literatura e historia tenían más en común que notas discordantes. Identificó tres tácticas narrativas principales que se combinarian diversamente: por la trama, por la argumentación y por la implicación ideológica. Esta teoría de los tropos no desestima la imbricación entre forma y contenido. Pues en el acto de configuración histórica el historiador elige un tipo de relato y en base a éste otorga significado y coherencia formal a la información historiográfica que arma la trama histórica. Si

De hecho, las plumas exquisitas de los editores/directores de revistas en la traza de nuestras historias latinoamericanas, es una contribución historiográfica muy valiosa.

¿Cómo acceder, entonces, al conocimiento de la historia latinoamericana a través de las revistas culturales? Se abre un campo novedoso cuando sus textos de índole social, política, científica, artística, literaria, filosófica, sociológica van cargando esos espacios de experiencia con nuevos contenidos que –en la individualidad de cada publicación– modifican a su vez el horizonte de expectativa (Koselleck, 1993). Los cambios de la modernidad en la relación entre pasado y futuro hicieron posible un tiempo nuevo, acelerado y abierto. Es preciso que la historia conceptual sirva de apoyo a la historia política y social, ya que el uso de los conceptos socio-políticos y la investigación de sus significados es decisivo para comprender el acontecer en su contexto. Los tiempos modernos son tiempos de transición y ello se refleja en la acuñación de conceptos de movimiento –expresados por los “ismos”–, que son indicadores del cambio y formación de la conciencia y otorgan al lenguaje una doble función: de expresión y de fundación. Esto se manifiesta en revistas como *Cuadernos*, que dan cuenta del tiempo histórico en las cargas semánticas de conceptos centrales que expresan distintos niveles de la experiencia temporal, como “historia”, “revolución”, “reacción”, “latinoamericanismo”, “americanismo”, “iberoamericanismo”, “hispanoamericanismo”, “democracia”, “totalitarismo”, entre otros.

---

bien las recientes teorías del discurso han disuelto la distinción entre discursos ficcionales y reales, todavía la narración histórica continúa en la búsqueda de realidades “ciertas” en relación a un sistema social vigente. Para White el discurso narrativo es un hecho cultural y universal, de allí el interés de los grupos (en nuestro análisis: editores, directores, colaboradores, instituciones patrocinadoras) en controlar los “mitos” que alimentan la formación cultural en la que viven. Al compartir sistemas de producción de significados, la historiografía, literatura y mito tienen fronteras frágiles. La “narrativa”, en una discusión teórica sobre la historia, representa el debate sobre la función de la imaginación en la producción de verdades humanas.

Esta noción de hermenéutica, heredera de la obra de Hans-Georg Gadamer (2017), pone en el foco al historiador, quien al interpretar ya está desarrollando la comprensión. Las historias son transmitidas por una representación mediada por el lenguaje y reconstruidas con la investigación crítica, con lo cual la historia se reescribe continuamente. Koselleck se aparta en este punto de Gadamer y sostiene que, si bien el historiador no escapa a la hermenéutica, ya que depende de los textos y del lenguaje para conocer y narrar ese pasado, las condiciones de posibilidad de la historia van más allá. Pues en cada evento juegan muchos factores con su propio valor autónomo y, aunque se expresen a través del lenguaje, no se pierden objetivamente en él.

Así planteado el abordaje teórico del campo revisteril, lenguaje e historia se remiten mutuamente sin llegar a coincidir. La diferencia es doble: “[...] por una parte, entre una historia que se realiza y su posibilitación lingüística y, por otra, entre una historia pasada y su reproducción lingüística. Determinar estas diferencias vuelve a ser de nuevo una producción lingüística que pertenece al quehacer del historiador” (Koselleck, 1993, p. 285). Son, entonces, las preguntas actuales a los textos de las revistas las que desnudan, en sus conceptos políticos y sociales, todo un contexto polisémico de experiencia; y su sentido, una vez localizado en el pasado, se trae al presente a través de expresiones que permitan su comprensión actual.

Las revistas albergan múltiples tiempos históricos, aun cuando sus fechas de publicación definan fronteras entre procesos más o menos conflictivos y/o disruptivos. Esa relación entre pasado y futuro se analiza a través de dos categorías. Por un lado, el espacio de experiencia que, como se dijo, es la vibración sincrónica del momento de creación, producción y distribución del producto “revista” mediante la confluencia de intereses y vivencias propias y compartidas con espíritus culturales afines. Desde los primeros números de *Cuadernos*, el recorrido intelectual previo de los

sucesivos directores facilitó la amalgama de personalidades afines a la reflexión americanista. Por otro lado, el horizonte de expectativa como proyección, posibilidad y modelo deseable de intervención en el campo cultural y que, si bien se crea en función de la experiencia, no deriva necesariamente de esta; acabó facilitando la gestión editorial aunada a la experiencia política y diplomática de sus responsables.

Las revistas culturales –como *Cuadernos*, *Marcha*, *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo*, entre otras renombradas de esa época– que son objetos de estudio en sí mismas, ofrecen elementos que permitirían construir, justificar y legitimar un proyecto de futuro según compromisos políticos explícitos. En consecuencia, ¿qué posibilidad de conocimiento histórico hay si solo es posible comprenderla a partir de los testimonios, o de lo que nos dice de sí misma en los textos? Aunque los textos también remiten a realidades extratextuales, sería deseable que la historia no abandone su brújula de verdad reflexiva y que se fundamente en conceptos para acceder a los contextos –inmediatos y mediatos– y comprender, más cabalmente, los procesos históricos.

Luego, la noción de historia global complementa este análisis, ya que las representaciones de “lo americano” en los diferentes números de *Cuadernos*, define el “encadenamiento que registran las disímiles trayectorias históricas, las cuales entran en sincronicidad, resonancia y retroalimentación en un contexto de globalidad” (Fazio Vengoa y Fazio Vargas, 2018, p. 3). Es decir, el tiempo social en la revista sería –según estos autores– un tiempo espacializado, porque no es lineal, sino que tiene relieves y protuberancias y comporta múltiples cadencias, ritmos y velocidades. Si bien el derrotero historiográfico de la *world history* muestra algunas dificultades en su efectiva aplicación, hay notas de ella convenientes a nuestro estudio. Por ejemplo, cuestionar la centralidad de Occidente en la comprensión histórica requiere desmontar las visiones lineales y pensar las narrativas históricas

desde los pliegues o grietas que dan cuenta de interacciones novedosas, recorridos específicos y vastas experiencias. Lo disruptivo y crítico pasa a ser regularidad, ya que se aleja de las situaciones de equilibrio y sentido que provee un centro productor de saberes.

En los objetivos del trabajo se ha planteado que los editores de *Cuadernos* aglutinaron a los colaboradores en un mismo espacio de experiencia. Ello no se homologa a un ahora homogéneo, sino que implica reconocer que existieron desigualdades temporales entre quienes en ella escribieron, pues “se compactan de diferentes maneras las experiencias diacrónicas con la sincronía del mundo globalizado” (Fazio Vengoa y Fazio Vargas, 2018, p. 16). El esfuerzo historiográfico radica en conjugar adecuadamente las configuraciones estructurantes con las heterogeneidades visibles en el mundo que se globaliza. El lazo mecanicista entre causa y efecto se abandona, y se incluye la libertad y las circunstancialidades al identificar varias temporalidades que participan del mismo proceso histórico. Sincronía y diacronía se retroalimentan pues las diacronías del interior de las sociedades se rehabilitan a través de la sincronía de un mundo globalizado. Este régimen de múltiples temporalidades sucede porque los diversos colectivos recuperan elementos de distintos pasados, que se sintetizan en el presente y buscan proyectarse hacia el futuro. Esos recogimientos y estiramientos continuos y fragmentarios dan relieve al mundo y a la historia global.

La pertinencia de la historia global aplicada al estudio de revistas permite integrar distintos niveles de análisis como modos de estudiar dialécticamente un mismo problema, y bucear en la diversidad y heterogeneidad de itinerarios históricos. Las figuras de François Bondy, Julián Gorkin, Luis Araquistain y Germán Arciniegas al frente de *Cuadernos* reflejan la presencia del gestor cultural de fuerte y duradera tradición en el mundo intelectual socialista europeo y latinoamericano. El actual enfoque de las historias conectadas –en cuanto digresión historiográfica de la historia global– permite examinar contextos distantes vinculados entre sí,

restableciendo conexiones continentales e intercontinentales que las historiografías nacionales pretendieron escamotear o desunir. Estudiar las revistas del Congreso por la Libertad de la Cultura según esta historia que trasciende los nichos de las historias nacionales, imperiales o civilizatorias, relativiza las nociones de centro y periferia y descubre una gama de heterogeneidades socio-culturales, más allá del paradigma occidental político-cultural liberal de la organización.

Este enfoque histórico restituiría el espesor del juego social y la globalidad de los intercambios culturales que animaron las páginas de *Cuadernos*, dadas las transformaciones económicas, políticas, ideológicas y sociales durante los años '50 y '60. Tiempo y espacio se incluyen en el análisis social, y se relativizan ciertos hechos considerados insoslayables por la narrativa occidentalizante, poniendo en entredicho la idea de un curso natural (lineal) de la historia y destacando el valor de lo local-global. Fazio Vengoa y Fazio Vargas (2018) insisten en que la contemporaneidad no es un fenómeno unitario y que el horizonte espacio-temporal sincrónico refiere a una convergencia de temporalidades relativas. El espacio es historizable porque se modifica social, económica y políticamente, así como se configuran relaciones sociales que, a veces, son independientes del territorio. Las revistas se identifican por su *locus* de enunciación, pero también su naturaleza temporal responde "al canon de figuraciones topológicas, multidimensionales, con enlaces diferenciados, yuxtapuestos, colindantes y transversales" (Fazio Vengoa y Fazio Vargas, 2018, pp. 8-9)<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Según los autores, la modificación histórica del espacio es contingente a las dinámicas de los grupos humanos. Si hasta 1960 la idea de soberanía territorial ordenaba las relaciones entre gobiernos y sociedades, a fines de esa década tal monopolio se perdió a manos del surgimiento de variadas espacialidades y/o desgajamientos de los emplazamientos territoriales existentes. En el campo historiográfico de las publicaciones periódicas resulta un concepto útil para entender las vinculaciones, superposiciones y fricciones entre distintos emprendimientos revisteriles latinoamericanos.

## 2. La revista y su tiempo

Las revistas se comprenden en su atmósfera, espontaneidad e incluso fugacidad, y son inseparables del momento histórico en que surgieron y del manifiesto liminar por el que sus hacedores irrumpieron en la escena cultural. Sus diferentes épocas se relacionan con cambios en la dirección editorial (y sus principios referenciales), dificultades de sostenimiento material, mudanzas en las condiciones de producción, etc. La larga vida de *Cuadernos* (100 números publicados entre 1953 y 1965) se explica en función de la coyuntura geopolítica que ambientaría la conocida guerra fría cultural y que proveyó a la diatriba entre distintos emprendimientos editoriales que irradiaron sus coordenadas político-ideológicas para ampliar horizontes de enunciación y discusión de tradiciones culturales.

*Cuadernos* nació bajo la guía intelectual del Congreso por la Libertad de la Cultura<sup>7</sup>, al amparo institucional del Departamento de Estado norteamericano y auxiliada financieramente por la CIA y organizaciones privadas (Fundación Ford). Justificaba un programa de expansión cultural e influencia política y militar, cuya incipiente diplomacia cultural estadounidense aseguraría la hegemonía liberal norteamericana mediante la circulación de información y documentos políticos y culturales relevantes. Se prestigió con

---

<sup>7</sup> El Congreso por la Libertad de la Cultura fue una organización germano-estadounidense fundada en Berlín Oeste en 1950, destinada a contrabalancear la eficaz propaganda cultural que Moscú venía gestando desde el Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz (Breslavia, Polonia, 1948), Congreso Mundial de Partisanos por la Paz (París, 1949), Consejo Mundial de la Paz y su Llamamiento de Estocolmo (1949) y Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial de la Kominform (Nueva York, 1949). Su Manifiesto, redactado por Arthur Koestler (1905-1983), hacía de la libertad intelectual la garantía de la paz y las instituciones democráticas representativas, en contra de prácticas sociales y de gobiernos intolerantes. Entre los intelectuales (norteamericanos y europeos) de izquierda no comunista y conservadores en distintos grados que asistieron, destaca: Bertrand Russell, Karl Jaspers, Ignazio Silone, John Dewey, Raymond Aron, Benedetto Croce, Richard Lowenthal, Tennessee Williams, entre otros.

intelectuales (universitarios) renombrados, quienes organizaron exhibiciones de arte, conferencias internacionales y entregas de premios y galardones a artistas y escritores (Stonor Saunders, 2013; Ruiz Durán, 2014).

*Cuadernos* fue parte de un ambicioso plan editorialista del Congreso por la Libertad de la Cultura e integró un conjunto de revistas entramadas a este proyecto cultural –*Encounter, Der Monat, Preuves, Tiempo presente, China Quarterly, Black Orpheus, Minerva, Censorship, Perspektiv, Hiwar, Survey, Transition, New African, Solidarity*–, todas ellas atravesadas por la definición del intelectual de izquierda antitotalitario no comunista (Ruiz Durán, 2014). Hasta 1960 el Secretariado Internacional (con sede en París) se impuso al Comité norteamericano dominado por las pretensiones macartistas. Desde esa fecha las estructuras afiliadas en Japón, India y Australia fueron sustituidas por Institutos dispersos en zonas geográficas: Europa del este, Europa mediterránea, sureste asiático y América Latina, que gestionaron de manera diferenciada y con resultados dispares.

No obstante sus urgencias de origen, *Cuadernos* produjo formas de subjetividad con definiciones particulares del “ser americano”: una topografía del sentido práctico, gestual y cognoscitivo de América Latina en/hacia/para el mundo. Las entregas aparecieron entre 1953 (marzo-mayo) y 1965 (septiembre): primero en formato trimestral (hasta octubre-diciembre de 1953), luego bimestral (desde enero-febrero de 1954) y finalmente mensual (a partir de mayo de 1961). Este entusiasmo fue sostenido desde el comienzo por sus responsables comprometidos en:

[...] recoger y traducir lo universal a nuestro idioma, [...] recoger y canalizar las ricas y variadas expresiones del espíritu latinoamericano hacia lo universal. Es éste un órgano de libre examen, de transmisión, de confrontación. Una tribuna abierta al pensamiento creador de las Américas y un medio de comunicación con la espiritualidad de los otros pueblos y continentes. El Nuevo

Mundo tiene mucho que decir y mucho que juzgar; nos ofrecemos nosotros a traducirlo y a reflejarlo. Saludamos fraternalmente a todos los intelectuales y artistas libres y a todas las publicaciones democráticas de los pueblos latinoamericanos y esperamos de ellos aliento y beneplácito (*Cuadernos*, 1953, 1, p. 4).

En su dirección editorial hubo tres etapas (Glondys, 2007). El primer editor fue François Bondy, desde su aparición hasta 1957, con quien se advierte la influencia del Secretariado Internacional del Congreso por la Libertad de la Cultura en la orientación de la revista, difundiendo la amenaza del expansionismo soviético para América Latina. Le siguió el influyente español Julián Gorkin desde 1953 (número 28) hasta 1963 (número 68), quien abrió la revista a colaboraciones procedentes del interior de España, relegando las del Este europeo y el cercano y medio Oriente. Esa intención de tender puentes “entre la España exiliada y la España peninsular” (Glondys, 2007, p. 53) se combinó con temas latinoamericanos –cuyos países estaban atravesados por dictaduras– y la aparición de la coexistencia pacífica, declinando la urgencia en mostrar el totalitaritarismo de la URSS. La tercera época inicia en febrero de 1963 (número 69) siendo su director Germán Arciniegas hasta el final (número 100, septiembre de 1965), quien priorizó autores y tópicos latinoamericanos con éxito relativo.

Varios factores se conjugaron, luego, para el ocaso de la revista: algunos esgrimieron su desconexión de los eventos políticos internacionales, en particular la ola revolucionaria latinoamericana emergente del éxito cubano, y su conversión en revista literario-liberal con aires decimonónicos. Otros mencionaron una brusca caída en las ventas, quizás subsanable con un cambio en el giro editorial. Finalmente, se habría impuesto el argumento de que, si bien contó con firmas académicas y de creadores importantes, *Cuadernos* se aferró a cierto tradicionalismo; y para competir con revistas político-culturales de la época (*Marcha*, *Casa de las Américas*) debía

promover posiciones políticas en otro tenor. Sobre todo, alejarse del énfasis hispanoamericano y los intentos por canonizar la generación anterior, para adoptar un formato moderno y contrastante. La figura (dreyfussiana) del intelectual comprometido y el lenguaje literario como principal arma política crecían en el mercado editorial latinoamericano, y las revistas fueron laboratorios de ideas y prácticas intelectuales que las coyunturas locales y regionales hicieron triunfar, fracasar o languidecer (Gilman, 2012).

América Latina tuvo escasa participación inicial en las reuniones del Congreso por la Libertad de la Cultura, excepto escritores de extensa y laureada trayectoria universitaria y política en sus países, que integraron el Consejo de Honor de *Cuadernos*: Rómulo Gallegos, Emilio Frugoni, Eduardo Santos, Jorge Mañach, Germán Arciniegas, Luis A. Sánchez, Francisco Romero, Erico Verissimo y Alfonso Reyes. El proyecto iberoamericano más cercano a la tradición europeo-occidental –y no tanto norteamericana– fue impulsado por su primer redactor en jefe, Julián Gorkin, quien pretendió arraigar el Congreso por la Libertad de la Cultura en una red de comités nacionales (Santiago de Chile, Montevideo, Sao Paulo, Bogotá, México, La Habana y Buenos Aires). Se combinaron traducciones de artículos de las revistas *Encounter* (Gran Bretaña) y *Preuves* (Francia) y análisis latinoamericanos a cargo de figuras locales representativas, quienes se involucraron en el combate cultural desde lentes propias. Al anticomunismo que derivaba del exigido rechazo (estadounidense) al totalitarismo soviético, le sumaron denuncias por el atropello a las libertades democráticas en el contexto de las dictaduras militares de la región.

En perspectiva histórica global, estos cambios editoriales estampan épocas que articulan las diversas tecnologías del conocimiento que intervienen en su creación, publicación y comercialización. Los colaboradores, directores, jefes de redacción, diagramadores, ilustradores, impresores, lectores, incluso libreros, anunciantes, puntos físicos de distribución y venta, modulan gustos,

construyen sentidos y configuran tradiciones que los lectores de hoy reconocen en la genealogía de los debates en sus páginas. Es la “cultura vivida” (Williams, 1994), donde las prácticas y relaciones sociales están axiológicamente pautadas según la actualidad de los autores y lectores (de ayer y de hoy).

Las inflexiones del nombre América y el americanismo como práctica cultural y definición identitaria son recuperados como indicadores y factores de la realidad histórica (Hölscher, 1996). Esto no significa confundir historicidad del texto con textualidad de la historia, pues la atención prestada a los contextos culturales y políticos en el estudio de los lenguajes (políticos, por ej.) no debe entenderse como autonomía de las estructuras lingüísticas más allá de la conciencia del autor (Pocock, 2012), ni tampoco como la sola intencionalidad del autor/actor histórico (Skinner, 2007). También importa la participación del lector en la producción del sentido cuando aborda los referentes externos (cf. Sánchez-Prieto, 2009a); que en *Cuadernos* entrecruza el horizonte de los autores escogidos como narradores de una tradición y un tiempo histórico que, al mismo tiempo, los interpela como lectores y descifradores de su realidad. En efecto, los años 1950 y 1960 habían preparado la convergencia disciplinar entre sociología, historia y antropología hacia la ordenación simbólica de la realidad. Al respecto, *Cuadernos* adoptó una posición conservadora, pero no menos rigurosa en sus formulaciones teóricas. Dos décadas después, se renovaría la política y el estudio de las mentalidades colectivas mediante el desplazamiento epistemológico y metodológico desde lo económico y social hacia lo cultural.

La escritura de ‘lo americano’ en *Cuadernos* lleva hacia formas de significación simbólica y materialidad (imágenes, diagramación, secciones, etc.), que nos conduce a las culturas

políticas<sup>8</sup>. Se entabla una lucha social semántica por el concepto adecuado, que conecta las experiencias históricas con sus referencias objetivas teóricas y prácticas<sup>9</sup>. Las voces convocadas, de dentro y fuera del continente, entrecruzan pasado y futuro de la región tematizándolos como espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Entonces América Latina es –pero no todavía– un proyecto material, tangible, que fusiona elaboraciones racionales con modos inconscientes del comportamiento propio y ajeno. Ese futuro hecho presente –sin ser simétricos complementarios– se descubre desde la actitud receptiva; pues lo que se espera para el futuro está limitado por lo que ya se ha sabido del pasado: “Las expectativas que se albergan se pueden revisar, las experiencias hechas, se reúnen” (Koselleck, 1993, p. 340).

Estudiar a *Cuadernos* desde la historia global desafía las visiones eurocéntricas y occidentalizantes arraigadas en el contexto de la guerra fría cultural. Aquella aborda las relaciones, interacciones y transferencias de larga duración que trascienden las fronteras políticas y culturales en un momento dado, pues parten de un mundo de diferencias y fronteras que se intercomunican y/o fusionan y que aspiran a abarcar el globo (Hausberger y Vázquez Valenzuela, 2023). Los colaboradores de la revista compartieron el momento temporal y el espacio escritural. Dispusieron de cierto utilaje intelectual, enfrentaron semejantes problemas y propusieron soluciones en función de capacidades y expectativas individuales. Fueron contemporáneos tanto de su presente histórico como de su pasado

---

<sup>8</sup> Si bien no son propósito de este trabajo, actualmente la cultura política es objeto de investigación para la historia cultural / intelectual y se relaciona con: instituciones y política cultural; lugares y usos de la memoria; políticas simbólicas e imágenes urbanas; el papel de los intelectuales y otros mediadores culturales; los viejos y nuevos soportes de difusión de ideas y conformación ideológica; del libro a los medios de comunicación y al cine (como objetos de consumo cultural); la historia de la historiografía.

<sup>9</sup> Según Koselleck el legado moderno de los conceptos se manifiesta en su: temporalización, democratización, ideologización y politización (cf. Sánchez-Prieto, 2009b).

práctico y su actitud comprensiva fue resultado de la acumulación de lecturas e interpretaciones sucesivas<sup>10</sup>.

Quienes escribieron en *Cuadernos* quedaron inscriptos en procesos contradictorios y fragmentados, en el escenario de la experiencia global; y ello se plasmó en la construcción identitaria, su representación e instrumentalización. Ante la variedad de opciones disponibles, interactuaron entre ellos sin descuidar las reglas institucionales de la revista. Pero la identidad es polifacética y nos atraviesa en distintos estratos (individual, familiar, profesional, social, cultural, étnico, regional, nacional, religioso, ideológico) que se completan y solapan. En perspectiva globalizadora, los autores de la revista ampliaron su autoconciencia y se adscribieron a una identidad macrorregional (por ejemplo, la civilización occidental) y hasta global o cosmopolita para tender puentes entre diferencias aparentes (es el caso de la tríada sociológica latinidad-negritud-indianidad definida por Leopold Sedar Senghor hacia 1965). Las identidades son instrumentos necesarios y negociables, y sus estrategias individuales o colectivas, discursivas y performativas, oscilan entre el reforzamiento de su identidad ancestral, su abandono y la asimilación al nuevo entorno y las formas de hibridación.

Sin embargo, los escritores disponen de espacios de libertad. Aun cuando la realidad esté “estructurada y ordenada por símbolos y significados, por instituciones y organizaciones, por relaciones de poder y de emoción, por normas de comunicación y de comportamiento” (Pries, 2019, pp. 402-403), los sujetos tienen márgenes y zonas de acción para aplicar su creatividad. Las relaciones

---

<sup>10</sup> Hayden White toma de Michael Oakeshott la noción de “pasado práctico”. Este concepto sirve para la vida cotidiana, pues –aunque no siempre conscientemente– da información sobre cómo hombres y mujeres entienden y se manejan en su presente, permitiéndoles resolver un problema, armar una estrategia o definir una táctica para la vida cotidiana (sea personal o comunitaria) (White, citado en Tozzi y Lavagnino, 2012).

sociales no son simétricas y la capacidad de relación con el contexto no consiste tanto en la abierta oposición a las estructuras hegemónicas, sino en la capacidad de manejarlas a su favor. Esta cuestión –en términos de la historia cultural– sugiere varias interpretaciones sobre las instancias de definición, inclusión, expulsión y enfrentamientos por el anhelo de pertenencia a un cierto campo cultural e intelectual. Por ello, en perspectiva de la historia global, el devenir de *Cuadernos* se homologa a “un grupo social, una institución, una estructura o un proceso [que] no funcionan y menos ganan dinámica porque todos se someten a sus reglas, sino a raíz de la interacción de una amplia gama de actuaciones que emplean los actores históricos” (Hausberger y Vázquez Valenzuela, 2023, p. 194).

### 3. Los registros americanos de *Cuadernos* en perspectiva global

El quehacer revisteril del director aglutina las ideas programáticas de la publicación y las despliega al organizarla en secciones, convocar al consejo y equipos de redacción y a los colaboradores, establecer las pautas de publicación, de impresión, comercialización y distribución de los ejemplares, etc. En *Cuadernos* destacaron dos personajes directrices: Julián Gorkin (1953-1963) y Germán Arciniegas (1963-1965), con un breve intermedio de Luis Araquistain (1958-1959).

La revista ofreció artículos, comentarios, notas menores, reseñas bibliográficas, anuncios de eventos científicos, literarios y artísticos, fotografías, viñetas y dibujos, formando una cartografía de tradiciones culturales e ideas políticas que se intersectaron en sus secciones. Estas son: editoriales, ensayos-estudios, poesía, narraciones, cultura y libertad, historia, problemas de nuestro tiempo, crónicas, retratos, la obra del siglo XX, música, artes plásticas, encuestas, lecturas, reportajes, bellas artes, tribuna de discusión, entrevistas, diálogos, ciencia, relatos, notas. Los tópicos entraron y

salieron de la revista al compás de la radicalización social de esos años, subrayando asuntos internacionales y latinoamericanos refractados en su horizonte nacional: idea de América, relación del intelectual con el compromiso político-ideológico, situación de la literatura (latinoamericana) y rol de la crítica, lucha entre democracia y totalitarismo, entre los principales. Debido al extenso período que cubre la revista, es preciso sopesar la influencia de los autores: unos acreditan presencia permanente; otros, regular; algunos destacan como colaboradores directos; otros son referentes y los hay secundarios. La tensión entre sus urgencias nacionales y el compromiso que de ellos se esperaba por su pertenencia a América Latina, hizo de la revista una “comunidad imaginada que se produce y circula [...] aludiendo a ideas abstractas que se plasman en actos concretos” (Pita González, 2014, pp. 243-244)

Así, Julián Gorkin, ex poumista español<sup>11</sup>, imaginó una Iberoamérica más cercana a la tradición cultural europeo-occidental que a la estadounidense. Esta línea editorial explícitamente antitotalitaria aplicada al contexto latinoamericano dominado por el neocolonialismo económico y la injerencia político-militar estadounidense, ha sido blanco polémico de la historiografía, inclinada a valorar la revista solo como propaganda norteamericana (Ruiz Galbete, 2006). No obstante las dificultades de los demócratas, liberales y comunistas latinoamericanos, *Cuadernos* –bajo la premisa de crear un “mundo libre”– no abandonó su anticomunismo ni renunció a posiciones críticas frente a Washington.

---

<sup>11</sup> Su nombre real era Julián Gómez García (1901-1987) y había sido miembro fundador de la Federación Comunista de Levante, que luego convergería en el Partido Comunista Español. En los años veinte fue un “revolucionario permanente” de la Internacional Comunista, pero desde 1929 militó en partidos revolucionarios de izquierda antiestalinista, como el Bloque Obrero y Campesino y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Durante la guerra civil española, el POUM fue acusado de “trotskista” y perseguido por el comunismo soviético hasta el asesinato de su líder, Andrés Nin, enjuiciado en Moscú por colusión con el franquismo.

Germán Arciniegas<sup>12</sup>, en tanto, ensambló esta línea con la tradición publicista americana y convirtió a *Cuadernos* en tribuna del pensamiento, como se autodenominaban las empresas culturales a comienzos del siglo XX. Al tiempo que asumía como director de la revista –plasmando su impronta de gestor cultural polifacético– y en París se creaba el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), el nuevo paradigma intelectual latinoamericano renovaba el ascendente ideológico marxista, modulaba una red de sociabilidad político-cultural en torno a Cuba y profundizaba la identidad continental basada en el sentimiento antiimperialista norteamericano (Albuquerque, 2011; Ruiz Galbete, 2013). Su editorial de abril de 1965 advertía:

*Cuadernos* es una revista internacional. Sirve a veinte repúblicas y ha sido [...] puente de enlace entre nuestra América y [...] demás continentes [...]. Hemos logrado que dialoguen con los latinoamericanos y los africanos, y que los europeos hayan comentado nuestros libros, discutido algunos de nuestros problemas [...]. Así se van entretejiendo los trabajos [...] en una revista que es como una placita de nuestra América, ubicada idealmente en el corazón de Francia. [...] recibimos cartas de aldeas de México o Colombia en donde nos señalan errores, o de Suecia o

---

<sup>12</sup> Germán Arciniegas (1900-1999) fue ensayista, historiador, profesor universitario, diplomático y político colombiano. Fue activo periodista (en especial, en *El Tiempo* de Bogotá); impulsó y dirigió revistas culturales (*Revista de las Indias*, *Revista de América*, *Correo de los Andes*). Exaltó a los libertadores de América (Bolívar, Santander, Martí) y concibió la unidad regional en términos continentales (desde Alaska a la Patagonia). Promovió la reforma universitaria en su país (1933) y a la juventud como eje de movimientos históricos, políticos e intelectuales. Adhirió al partido liberal colombiano y fue ministro de Educación (1941-1942 y 1945-1946); fundó el Instituto Caro y Cuervo, el Museo de Arte Colonial de Bogotá y dio nueva sede al Museo Nacional; además de abrir Colegios Mayores (Antioquía, Cundinamarca) para que estudiaran las mujeres. Amenazado por los conservadores se exilió en EEUU y trabajó en la Universidad de Columbia, donde escribió en 1952 una de sus principales obras “Entre la libertad y el miedo”, que fue censurada en Colombia. Desempeñó cargos diplomáticos en Guatemala, Argentina, Italia, Israel, Venezuela y el Vaticano.

de España. [...] nos regocija, porque sabemos [...] que no se lanzan estas páginas a la indiferencia y al vacío (*Cuadernos*, 1965, 95, p. 2).

El americanismo de Arciniegas fue claro, encarnado en las necesidades de su presente, ideas y procesos históricos. La frecuencia martiana se le impuso en cada oración y equiparó la idea de América con la de emancipación del pensamiento. Cuba (y América) era terreno ideal para luchar por los derechos conculcados, pero la sinrazón del gobierno español (por ejemplo, el triste episodio del fusilamiento de estudiantes universitarios en La Habana durante 1871) y la avidez del gobierno estadounidense (la trágica guerra de 1898) habían negado en Martí y otros independentistas anteriores y posteriores, el éxito final. Su muerte en Dos Ríos (1895) mostraba la paradoja actual de la región y su posible desenlace:

Él siempre se mueve entre dos ríos, entre dos grandes corrientes de su tiempo, [...] de una manera [...] dramática, como en los violentos contrastes de luz y de sombra de la novela romántica [...]. Ortega y Gasset [...] ha hablado del hombre y su circunstancia. Éste no es un buen planteamiento del problema del hombre [...]. El diálogo de quien ha de tomar una decisión en la vida no se hace oyendo a una sola voz. La cuestión está en tomar una decisión, en salir de la lucha contradictoria con una afirmación y con una negación (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 4).

En 1953 la inspiración americana se representa como una disyuntiva martiana, justa y determinante. Dice Arciniegas: “La voz de combate de Martí fue ¡Cuba Libre! Hoy se ha multiplicado en cada país y se dice también ¡América Libre! Pero hay ahí algo universal, que bien puede convertirse en lo que todos queremos: ¡Tierra Libre!” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 5). Si el cubano se sintió hombre de dos siglos (XIX y XX) y entrevió los cambios fundamentales del modernismo, no desconoció las raíces culturales españolas, pero sí apuntó contra los timoratos que no desafiaron la falta de voluntad política del gobierno

español para aceptar la independencia, ni aceptaron el ensayo republicano: “O Colonia o Repùblica. Y Martí se apuntó en la moneda a la cara de la repùblica” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 4).

En ocasión de la presentación del libro *Entre la libertad y el miedo* de Arciniegas, en 1952, el político español Joaquín Maurín<sup>13</sup> escribió una semblanza del autor en el mismo número de la revista. Con él compartía una idea de historia anclada en la identificación de nudos problemáticos en procesos de larga duración. Utiliza la idea de emancipación para explicar la actualidad americana. El siglo XIX fue el de la independencia y las luchas entre el espíritu de los libertadores (Miranda, Bolívar, San Martín, Artigas, Sucre, Santander y Martí) y los retoños de los adelantados y conquistadores (Rosas, García Moreno, Díaz, Castro, Gómez). Un siglo después la emancipación seguía siendo un asunto continental: la interdependencia que obligaba a “cada nación a interesarse por lo que pasa en las demás, mancomunando esfuerzos” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 102). En términos globales, reconquistar la libertad exigía justicia social, pues “Libertad sin justicia social es caricatura de libertad y justicia social sin libertad es un expediente falso y demagógico” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 102). Su pensamiento socialista rechazaba el servilismo colonial tanto como el caudillismo iberoamericano y la falsa dicotomía que el reaccionarismo nazifascista había infiltrado en la región, mostrándose como adversarios del comunismo para granjearse a Estados Unidos. Los dictadores –decía– “temen más a la pluma que dice la verdad, que a la bomba y a la pistola” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 102). Hacia 1950, América es el “eje alrededor del cual gira la historia contemporánea” (*Cuadernos*, 1953, 2, p. 104).

---

<sup>13</sup> Joaquín Maurín Juliá (1896- 1973) fue dirigente de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la Federación Comunista Catalano-Balear, el Bloque Obrero y Campesino (BOC) y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Integró revistas y fue maestro. Fue republicano en la guerra civil española y hecho prisionero, juzgado, encarcelado y luego indultado. Se exilió en Nueva York y se dedicó al periodismo.

Dos años después, la reflexión americanista se imponía como alternativa de mestizaje universalizante o como expresión auténtica y permanente del pueblo y del continente. El peruano Antenor Orrego<sup>14</sup> analizaba la especificidad e hibridez de nuestro mestizaje: “América es la cita jubilar de todas las especies y de las distintas culturas más recientes del planeta [...] para fundir en una unidad cósmica las negaciones y contradicciones peculiares de cada una” (*Cuadernos*, 1955, 11, p. 79). La fusión humana –biológica y cultural– no era estado permanente de las sociedades, sino una etapa transitoria. Es decir, un camino que, de requerirlo su misión histórica, alcanzaría unidad de sangre, cultura y espíritu. No escapó a la tendencia homogeneizante de su época, equiparable a la raza cósmica de José Vasconcelos, pero imprimió notas propias al señalar que esa “digestión vital” coordinaría funcionalmente los diversos factores y expresaría un “colectivo espíritu unitario” (*Cuadernos*, 1955, 11, p. 77).

El proyecto de Orrego es fiel a su pertenencia andina: la tierra es energía telúrica donde se depositarían semillas de “una cultura con auténtica y espontánea vitalidad creadora (...) presente vivo, tremulante y creador de la época” (*Cuadernos*, 1955, 11, p. 79). Bajo esta condición, el arte americano tiene valor fundacional y exige su lugar dentro de la cultura humana ya que es revelación primigenia frente al mundo, la vida, la historia. No es sólo

---

<sup>14</sup> El peruano Antenor Orrego Espinoza (1892-1960) fue filósofo, periodista, ensayista y político. Integró el movimiento literario renovador *La Bohemia Trujillana* (1914) y colaboró en periódicos (*La Libertad*, *La Reforma* y *La Semana de Trujillo*). Escribió en la revista *Amauta* de José C. Mariátegui y prologó el poemario *Trilce* de un ignoto César Vallejo (1922). El partido Aprista peruano lo tuvo entre sus fundadores, junto a Víctor Raúl Haya de la Torre. Fue diputado nacional y rector de la Universidad de Trujillo. Publicó *El Pueblo Continente. Ensayos para una interpretación de América Latina* (Santiago de Chile, Ercilla, 1939), de gran acogida en círculos filosóficos y literarios. Encarcelado bajo el régimen de Manuel Odría (1945-1956), tras su liberación dirigió *La Tribuna*, órgano de prensa del PAP, entre 1957 y 1958.

[...] un telurismo sepulcral, arqueológico y pretérito, fruto de otras incitaciones del ambiente y otras respuestas victoriosas del hombre en el pasado, [...] (sino también) [...] la flor y el jugo de la tierra que estallan como un milagro de luz estremecida, en la dramática, alucinante y trágica peripecia de la hora presente (*Cuadernos*, 1955, 11, p. 79).

Al finalizar los años ‘50, el concepto “nueva” América fue recurrente en la línea editorial de la revista. Incorporó un repertorio de reflexiones históricas, literarias, filosóficas, artísticas, políticas, periodísticas, cuyas diferentes argumentaciones articularon una historia global marcada por la lucha cultural entre los paradigmas “científico” y “crítico”. Mientras algunos señalaban la importancia ineludible de la neutralidad axiológica, otros afirmaban al cientista social como conciencia crítica imprescindible de la época (Ruiz Galbete, 2013).

Cuando estalló la revolución cubana en 1959, esta ya venía siendo narrada, advertida en las páginas de la revista. Es el caso del cubano Jorge Mañach<sup>15</sup> que, un año antes, había expuesto la historia del pueblo desde el golpe de Batista en 1952 y, en particular, la construcción de poder en los grupos revolucionarios. No obstante que en “El drama de Cuba” expuso la falta de democracia real y la indefinición ideológica del Movimiento 26 de julio, que “está demasiado embargado por su lucha –y (...) limitado por la inexperiencia y la edad de quienes lo integran– para haber podido

---

<sup>15</sup> Jorge Mañach y Robato (1898-1961) fue escritor, periodista, ensayista y filósofo. Aunque su familia era españolista, cultivó el reformismo cultural. Escribió biografías noveladas y costumbristas (de José Martí) y ensayos filosóficos. Fundó el programa radial “La Universidad del Aire” (1932), pionero en América Latina en el uso de medios de comunicación de masas para la difusión cultural. Ejerció en la Universidad de La Habana (1940). Se enroló en la revolución de 1933, pero luego fue opositor. Defendió la revolución de 1959, aunque tras el abandono de los postulados liberales nacionalistas por parte de sus promotores, se exilió en Puerto Rico, donde falleció.

fraguar todavía un ideario” (*Cuadernos*, 1958, (30), p. 73), destacaba al joven Fidel Castro como la mejor coincidencia que el presente histórico heredaba del sentimiento de frustración de varias generaciones cubanas republicanas. Decía en tono optimista:

[...] el empeño de Castro y los suyos es tan desmesurado como heroico [...]. Si Fidel Castro llegase a triunfar en ella, se abrirá para Cuba la incógnita natural de toda mutación semejante, pero bajo un signo indudable de fervor patriótico. Si, por desgracia, pereciese Castro en la contienda, es de temer que el proceso cubano no cambiaría sino en la superficie. En el fondo seguiría hirviendo la voluntad dolorida de un pueblo ya [...] maduro en su vocación nacional para querer ordenar de una vez sus destinos (*Cuadernos*, 1958, 30, p. 76)

En 1960, Orrego teorizaba en *Cuadernos* acerca de los “gérmenes históricos o culturales”. En *El Pueblo Continente* (1939) había adelantado que la colisión de los mundos americano y europeo del siglo XVI significaba la desintegración de sus anteriores identidades culturales e históricas y, al mismo tiempo, su pervivencia dialéctica en nuestro entramado cultural. Ese nuevo alineamiento es un nuevo ser cultural, diferente a realidades culturales pretéritas, pues hay:

[...] el designio de autodeterminación creadora del nuevo hombre americano frente al apremio histórico [...] de un mundo en crisis, el cual para salir de su [...] encrucijada actual necesita crear un nuevo tipo de hombre histórico. [...] [Esa era] la misión universal del hombre americano de hoy y [...] de la Nueva América (*Cuadernos*, 1960, 44, pp. 53-54).

Las ideas de Orrego fueron deudoras de la filosofía de Oswald Spengler y Arnold Toynbee y de la antropología de Lewis Mumford. Distinguía dos factores culturales: uno, el morfológico o producto

cultural en sí mismo, material y temporal (arquitectura, pintura, música, filosofía, tecnología, literatura, usos ceremoniales, rituales, costumbres); y otro, el interno, manifestado en los valores estéticos, éticos, religiosos, etc. que forman el espíritu del proceso cultural. Mientras el primero se extinguía al desintegrarse la cultura que lo creó, el segundo perduraría en el acervo humano en una época propicia a su alumbramiento. Ello explicaba los saltos culturales producidos en áreas lejanas sin contigüidad espacial o cronológica con culturas originarias, allegando gémenes históricos procedentes de anteriores desintegraciones culturales sin relación directa e inmediata con ellas.

La historia es para el peruano un campo de experiencias, en cuyo inconsciente estaban los gémenes históricos esperando su circunstancia creadora. Si esta no era adecuada, se producían desequilibrios o crisis sociales. Entre esos hitos menciona las independencias del siglo XIX, que avivaron “una nueva conciencia de unidad continental, ya que América percibió que habíase estructurado una nueva realidad y un nuevo sentido de su destino histórico con significado y alcance universales” (*Cuadernos*, 1960, 44, pp 54-55); y, por otro lado, el periodo de entreguerras, cuando surgieron movimientos estéticos, políticos, filosóficos y literarios originales e independizados de la tutela europea, donde emergieron núcleos culturales de las antiguas sociedades mexicana y andina. Finalmente, Orrego se decantaría por el concepto humanismo americano, pero no como retorno a antiguas culturas, sino que, inspirándose en Jacobo Burkhardt, señalaba “lo mejor que así se produce no es imitación ya, sino propia y libre creación” (*Cuadernos*, 1960, 44, p. 56). Los años ‘60 inauguraban, entonces, una continuidad reflexiva: definir al “americanismo” como práctica identitaria oscilante entre dos anhelos: mostrarse como universalidad occidentalizante sin dejar de buscar la autenticidad continental.

Sin embargo, la urgencia por diferenciarse de otras áreas civilizadoras seguía animando a los colaboradores de la revista

*Cuadernos*. El boliviano Fernando Díez de Medina<sup>16</sup> escribía en 1961 un jugoso contrapunto de la relación de conocimiento entre el mundo y nuestra América en el escenario bipolar de la época. Afirmaba nuestra identidad indo-hispano-mestizo-occidental y recelaba del juicio equivocado de Europa, que nos veía

[...] como apéndice de la civilización occidental, cuando somos [...] un organismo entero y autónomo, capaz de gravitar con peso y presencia propios en el concierto de los continentes. América, la Nuestra, es un continente en marcha [...]. "Pacha-Khantati" -dice el mito aimara: cuando el mundo amanece (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 10).

Tiene una visión crítica de las denominaciones del continente: Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, Indoamérica, América mestiza, Panamérica, son "provisionales, insuficientes, irreales porque ninguna abarca la total complejidad del cosmos continental" (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 10). Quiso recuperar la preocupación de los primeros americanos (Viscardo y Guzmán, Bolívar, San Martín, Martí) por nuestra identidad semántica. Prefería "América Bolivariana", porque si esta se definía:

[...] por el alma de sus pueblos y por la voluntad hacedora de su genio político, deberíamos llamarla América Bolivariana. Porque el Libertador es el padre de la América del Sur; el Hijo de

<sup>16</sup> Nació en 1908 y murió en 1990. Fue poeta, crítico literario y artístico y agregado comercial de su país en Washington. Colaboró en diarios y revistas (*El Diario*, *La Razón*, *Última Hora* y *La Noche*). Afín al movimiento nacionalista boliviano de los '40 ("mística de la tierra"), fue discípulo del poeta, filósofo y político Franz Tamayo. Ambos coincidían en el poder creador de la "tierra andina"; sobre la cual la nación afirmaba su poder espiritual y determinaba la sensibilidad estética, moral y religiosa del pueblo boliviano. En esa ligazón con la naturaleza se sentaban las bases de una identidad nacional. El determinismo geográfico signado por la presencia de la cordillera de los Andes está presente en sus ensayos: *Franz Tamayo, hechicero del Ande. Relato al modo fantástico* (1944), *Thunupa* (1947), *Pachakuti y otras páginas polémicas* (1948), *Sariri* (1956), *Nayjama* (1950), *Mateo Montemayor* (1969).

sus desdichas y sus contradicciones enigmáticas; y el Espíritu Santo que nos devuelve al pueblo, a la libertad, a los valores morales y al sentido de la gloria, cada vez que castigamos a los déspotas que empañan nuestros blasones democráticos. Por desgracia los nacionalismos estrechos y el regionalismo disolvente impiden la consagración al héroe [...]. Ni sombras, ni ecos, ni reflejos de nadie [...]. Somos la América del Sur (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 12).

Pertenecemos a la cultura occidental, decía, como creadores y no meros receptores. Al manejar registros históricos distintos, nuestras luchas culturales no eran análogas a las de Asia, Europa o Norteamérica. No obstante los binarismos que rotulaban a Europa y América del Sur –razón/emoción, pensamiento sistemático/desorden aparente–, Diez de Medina incluyó una perspectiva analítica global novedosa: “Hay una atlanticidad cultural que se niega a reconocer el despertar de los continentes” (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 13). Allí cabía la sociología americana, compuesta de “lo indígena, como lugar de arraigo y del afincamiento; lo ibérico en tensión de universalidad; y el mestizaje integrador que vitaliza y unimisma esa doble y conjugada herencia de ambas vertientes históricas” (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 13). Esperaba fraternidad activa en las creaciones continentales, porque “aunque el planeta tienda a mecanizar y uniformar la vida moderna, siempre existirán un aire, un color, una presencia característica que son como el alma visible de los pueblos, su inconfundible, intransferible personalidad” (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 14).

En sintonía con su presente histórico, el ensayista boliviano advertía sobre los riesgos nostálgicos en la conciencia americana: “[...] es imposible regresar a las civilizaciones indígenas. E inadmisible que nos amoldemos solamente al mensaje transatlántico” (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 15). Más urgente era involucrarnos con:

[...] las mayorías trabajadoras que se afirman por la revolución nacional porque están tomando conciencia de su destino histórico

y de su responsabilidad social; ese impulso mestizo que desborda la frontera geográfica y aspira a transformar política, economía, cultura; esos motines y disturbios incesantes que reflejan la urgencia de reordenación que nos convuelve; esas multitudes que se cohesionan detrás de una idea o de un caudillo [...]: esto es [...] nuestra América [...] donde cada día se ha de ganar la libertad para que cada noche otorgue la confianza [...]. Tenemos deberes imperiosos, ineludibles, con las multitudes indias, mestizas, criollas, que la civilización olvidó durante 400 años. [...] que se incorporen a una democracia efectiva, a la ciudadanía real. [...] [Hay que] ensayar con amplitud el juego democrático para que la voluntad consentida de los más oriente y respalde la acción de los menos. En Sud y en Centroamérica, el pueblo manda y configura la vida política y social (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 16).

Diez de Medina definía el “americanismo” como pluralidad estructural que exigía nueva jurisprudencia, política, economía, cultura. Las revoluciones, reformas agrarias y transformación social integraban a Centroamérica, México y Caribe en la unidad de América del Sur. Este Pueblo-Continente, al decir de Orrego, debía gravitar en la pugna de los grandes bloques regionales: Estados Unidos, Unión Soviética, Europa, China, India, Japón, África. Es un proyecto histórico que sigue el futuro pasado (según Koselleck) y evoca al chileno Francisco Bilbao:

Necesitamos constituir los Estados Unidos de América del Sur [...] Todo lo demás es secundario [...] Si el nuevo Bolívar no aparece en el horizonte, ipues a inventarlo! [...]. Hay que tirar abajo fronteras, aduanas, sistemas, símbolos y chauvinismos nacionales para levantar un nuevo mundo unificado en el espíritu y en las técnicas de trabajo. Hay que salir al encuentro del tiempo nuevo. ¡Osad, perseverad! como enseñaba nuestro Tamayo. Y que nadie –pueblo, hombre, nación– se sienta aislado, extraviado, desligado de la elevada responsabilidad de servir a [...] la unidad de nuestro

hemisferio [...] aceptemos [...] defender la conciencia moral de la humanidad, restituir al hombre la dignidad del ser vivo, buscar el justo equilibrio entre bienestar material y responsabilidad espiritual, para que seamos criaturas libres, no siervos de la técnica y las máquinas (*Cuadernos*, 1961, 47, p. 20).

En 1961 el uruguayo Emilio Nicolás Oribe<sup>17</sup> escribió “Unidad de nuestra América en la historia y el pensamiento”, explicitando un contenido válido en el dispositivo verbal y en su aplicación inmediata a la época. Desde la perspectiva global, la agitación ideológica de los ‘60 permeaba las definiciones americanistas y, en Oribe, “unidad” significaba “máxima abstracción circulante en toda concepción del espíritu” (*Cuadernos*, 1961, 49, p. 3). Esta unificación cultural se había ejecutado como continuidad de la mentalidad europea, que delimitó contenidos que diferenciaran al “Viejo” Mundo del “Nuevo” Mundo. El primero ayudaba a comprender el segundo y ambos adquirían, así, significación universal. La mirada de Oribe sobre la empresa conquistadora y colonizadora fue benévolas. Nuevo Mundo era “el trasunto de una cosmovisión inteligible [...] término [...] significativo para la mentalidad plebeya y la cultura de la época” (*Cuadernos*, 1961, (49), p. 4).

Al mismo tiempo advertía que América no había sido un vacío de posibilidades civilizatorias para el espíritu europeo. Al contrario, sus civilizaciones con instituciones y normas y con sentido realista del dominio de la naturaleza, obligaron a la conciencia histórica del conquistador a luchar y armonizar, aún en la dominación trágica, “[...] para que de ese modo se crearan los preludios coloniales de las

---

<sup>17</sup> Emilio Oribe (1893-1975) fue ensayista, filósofo y médico. Ejerció como profesor y decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República y fue miembro de la Academia Uruguaya de Letras. Conformó la vanguardia ultraísta de la Generación del Centenario (1930). Su escritura aforística se plasmó en poemas (*Alucinaciones de belleza*, 1912; *El castillo interior*, 1917; *La colina del pájaro rojo*, 1925) y ensayos (*Poética y plástica*, 1930; *Teoría del nous*, 1934; *El mito y el logo*, 1945; *Ars magna*, 1960).

naciones que engendrarían los libertadores: Bolívar, San Martín, Hidalgo, Artigas y otros. (*Cuadernos*, 1961, 49, p. 6). En efecto, el Nuevo Mundo se había configurado en un proceso inverso, por el cual primero:

[...] se constituyeron los conceptos y los principios, [...] los fundamentos espirituales, humanistas, religiosos y filosóficos; [...] se estatuyeron las normas pragmáticas ejecutoras y después se hicieron incluir en toda esta formalización rigurosa a los continentes, los imperios, los ríos y las comarcas del Nuevo Mundo, lográndose un reconocimiento perfectible e inteligible de esa espesa unidad de historia, creencia y pensamiento, en la que formamos parte integrante nosotros y que esperamos mantener en la comunidad de estas repúblicas americanas (*Cuadernos*, 1961, 49, p. 5).

Oribe desarrolla una interpretación situada de su presente histórico: ¿qué peligros acechaban a la humanidad? ¿cuán valioso era el élan vital de la comunidad americana para ocupar un lugar distintivo en la historia global? No obstante las diversas concepciones sociales y políticas, así como la violencia y agitación ideológica en nuestras naciones, América debía ser fiel a su idea de unidad:

En las diversas metamorfosis que adoptó [...] utilizó las formas que he citado: cruzada, empresa racial, mito, utopía, en los primeros siglos; comunidad solidaria de hombres y pueblos libres, de inteligencias nutridas de idealidad y sabiduría, de organizaciones estatales con el signo de la democracia y la libertad, en los tiempos que nos toca vivir de las tempestades desencadenadas por los hombres (*Cuadernos*, 1961, 49, p. 8).

Un año después, el español Luis Monguió<sup>18</sup> analizaba, desde la literatura, el pasado práctico hecho presente histórico de la conflictividad social y política latinoamericanas, en conjunción con las oscilaciones del nacionalismo regional. Según su tesis, la búsqueda de la independencia intelectual y literaria era corolario de la independencia política desde el siglo XIX. Describió las etapas de este proceso a través de categorías, autores y obras. Durante la colonia, el lente de adelantados, conquistadores, viajeros y religiosos fue embrión de la conciencia española americana (o americana a secas). Inclusive, el uso del concepto ‘patria’ era moderno pues, en los años de la guerra contra Napoleón, peninsulares y americanos se unieron en las ideas liberales de las Cortes de Cádiz y la constitución española de 1812 para difundir en Hispanoamérica “la conciencia del derecho de los pueblos a decidir su propio destino” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 42).

Durante las guerras por la independencia, las publicaciones periódicas cumplieron un rol cívico-pedagógico fundamental exaltando el sentido de nacionalidad americana. Los nacidos en las distintas regiones (colombianos, ecuatorianos, venezolanos, argentinos, chilenos, bolivianos, etc.) sirvieron en sus ejércitos, la administración y hasta la presidencia de los Estados. La fidelidad patriótica se extendió a toda América y se relegaron las fidelidades regionales: “[...] la idea de una literatura nacional se refería más bien a una literatura americana que a una literatura argentina, chilena, mexicana [...] una literatura general americana para una común patria americana (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 42).

---

<sup>18</sup> Luis Monguió (1908-2005) fue abogado y filólogo. En los ‘30 prestó servicios diplomáticos en Valparaíso (Chile). Actuó en el bando republicano durante la guerra civil española, hasta que salió hacia Estados Unidos. Allí trabajó en la Universidad de California-Berkeley, en docencia y gestión académica. Su hispanismo lo llevó hacia la literatura colonial iberoamericana, en particular la peruana, llegando a ser miembro de la Academia Peruana de la Lengua.

Hacia 1830 el concepto Estado nacional dio tonos propios a la literatura hispanoamericana, permeada por la influencia del nacionalismo literario romántico europeo. La fórmula “cada Nación un Estado y cada Estado una nación” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 43) se trasuntó en el interés por crear en verso y prosa una literatura nacionalista y política, que diera cuenta de la inestabilidad predominante. El producto más emblemático fue la literatura costumbrista, donde “Pedro Henríquez Ureña calificó tan perspicazmente de literatura de servicio público o quizás a lo que hoy llamamos literatura instrumental, engagée o comprometida” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 43).

En el último tercio del siglo XIX la literatura cosmopolita transitó hacia el positivismo, en el marco del ordenamiento económico mundial. En tanto, la guerra hispano-estadounidense (1898) y el asunto de Panamá (1903) movilizaron en los escritores “el sentido de la fraternidad hispanoamericana y del nacionalismo continental” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 44). Advertidos del peligro que representaba Estados Unidos en ese momento, buscaban “reafirmar los valores espirituales de su idioma, su religión, su tradición y su nacionalidad, valores que a sus ojos daban a Hispanoamérica su sentido, [...] superior a los valores materialistas del filisteo burgués hispanoamericano” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 44). Una de las consecuencias de las campañas discursivas de Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Ariel Rodó o Rubén Darío fue la actitud introspectiva para sintonizar con hechos como la revolución mexicana de 1910 o el ascenso radical de Yrigoyen en 1916 y comprender que esas “nuevas capas sociales, nuevos productores y consumidores de literatura [...] [obligaban a estudiar el] propio continente, a una nueva consideración de su propia tierra, [...] pueblo, de sus problemas y sus posibilidades propias” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 45).

A partir de 1930 las novelas partidistas describieron las agitaciones sociales, políticas y económicas, se denunciaron sus

causas y se sugirieron soluciones. Ellas convocaron “a la opinión pública, a menudo desde puntos de vista social y políticos explícitamente declarados [denunciando] [...] las injusticias raciales, políticas, sociales, económicas que deben ser corregidas” (*Cuadernos*, 1962, 58, pp. 45-46). La correlación de fuerzas entre terratenientes (explotadores) y peones (ya no resignados) había variado y, frente al predominio de los intereses comerciales norteamericanos –en connivencia con la dirigencia democrática o dictatorial y la Iglesia locales– los escritores se decidieron por “la revolución [...] indigenista, agrario-proletaria, colectivista y nacionalista: contra la dictadura, contra la oligarquía y contra el capital extranjero” (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 46). La poesía y la prosa adquirieron idéntico tono beligerante, nacionalista y revolucionario:

[...] indigenista y agraria por los poetas nativistas del Perú [...]; proletaria y revolucionaria [...] en todos los países [...]; en favor de los negros, de sentido social y antiimperialista por escritores de los países del Caribe; [...] en las obras del poeta cubano Nicolás Guillén. (*Cuadernos*, 1962, 58, p. 46).

En términos de la historia global, Monguió definió un estado de ánimo generalizado en América Latina, más emotivo que intelectual, que permitiría entender cómo frente a la revolución cubana, fueron tan dispares las afirmaciones de la opinión pública y la posición oficial de los gobiernos de la región: la primera, entusiasmada con la posibilidad real de cambio, los segundos, cautelosos por su diferente adhesión a las coordenadas geopolíticas de ese momento.

Según el español, pasado práctico y presente histórico en la literatura latinoamericana de los años ‘60 se manifestaron en el empeño ontológico –psicológico y existencial– de sus escritores acerca del sentido de su cultura y ser nacionales. A diferencia de sus predecesores, priorizaron definir la naturaleza, propiedades y

relaciones de la realidad de sus naciones. Según entendían, los argentinos Enrique Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Héctor Murena; el guatemalteco Mario Monteforte Toledo; los mexicanos Carlos Fuentes, Octavio Paz y Rodolfo Usigli; el venezolano Mariano Picón-Salas, entre otros, lucharon desde la diversidad para recuperar, en la tradición literaria, conceptos siempre vigentes: descontento, nacionalismo y patriotismo.

En sintonía conceptual Mariano Picón-Salas<sup>19</sup> se refirió al conflicto latinoamericano de la época: desarrollo y subdesarrollo, aplicable al aspecto material de las comunidades, pero no a su dimensión cultural. Diversos hechos históricos lo ejemplificaban: las factorías europeas en Asia y África, el poblamiento y mestizaje español y portugués en nuestra América, los particulares movimientos independentistas del siglo XIX (que proponían una región mestiza abierta al mundo). La turbulencia latinoamericana del siglo XIX se comprendía en “la explicable lucha por acomodar estas nuevas formas en el subsuelo de tradiciones, prejuicios o intereses arcaicos” (*Cuadernos*, 1962, 61, p. 46).

¿Cómo comprender el abismo en que la guerra fría cultural había situado a América Latina? El venezolano examinaba la relación entre los latinoamericanos y de estos con Europa y Estados Unidos, respectivamente. En el primer caso, la historia indicaba una conciencia americana solidaria e indivisible frente a la aventura de Napoleón III en México, la reconquista española en las costas de Perú y Chile, las amenazas de Theodore Roosevelt en el Caribe. Del mismo modo, Augusto Sandino, Benito Juárez, José Martí y José Manuel

---

<sup>19</sup> Mariano Picón-Salas (1901-1965) fue escritor, diplomático y académico venezolano. Escribió ensayos históricos, de crítica literaria y sobre la historia cultural de América Latina. Fundó y fue primer decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Ejerció como Director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación (1938-1940) y fue embajador ante Colombia (1947-1949), Brasil (1958-1959) y la UNESCO (1959-1963). Fue secretario del presidente Rómulo Betancourt entre 1963 y 1964. Su libro *Los días de Cipriano Castro* (1953) recibió el Premio Nacional de Literatura, junto a Pedro Henríquez Ureña.

Balmaceda se habían levantado contra atropellos e injusticias. Por lo tanto, a los esfuerzos de la CEPAL para saldar las deficiencias del desarrollo en nuestros Estados, debía corresponderle una “confederación de los espíritus [...] [que integre] nuestra cultura dispersa” (*Cuadernos*, 1962, 61, p. 47).

La contigüidad geográfica y económica con Estados Unidos era innegable. Picón-Salas no desestimó la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy, pues coincidía en que el atraso económico engendraba miseria e ignorancia. Pero señalaba culpas compartidas en la construcción de mitos relacionados con la xenofobia y la deformación nacionalista:

Tan detestables como los Mr. Danger o los Papa Verdes [...] [de] la novelística latinoamericana, fueron los dictadores del sur que se pusieron a su servicio, y una ecuación que se establecía entre los abusos del imperialismo y los de nuestras tiranías domésticas. (*Cuadernos*, 1962, (61), p. 49)

De modo que lo “continental americano” durante los años ‘60 significaba apropiarnos de la civilización moderna y buscar el equilibrio entre propagandas e ideologías que afectaban a la política y la cultura:

En la gran casa de América, los latinoamericanos ya no queremos que se nos recluya en el tercer patio porque queremos pasar también al salón. La tecnología, la industria, la aplicación de las ciencias a una gran tarea social no es privilegio de un solo país dominador entre pequeños países satélites (*Cuadernos*, 1962, 61, p. 50).

Las influencias recibidas de Europa fueron importantes: cristianismo, humanismo, soberanía popular, democracia representativa. Pero entre nosotros actuaron de modo paradójico: por un lado, las habíamos respetado y adaptado; por otro lado,

experimentábamos la insatisfacción de vivir en la lejana periferia de su cultura, hundidos en la brecha del subdesarrollo. En su presente histórico, Picón-Salas apostaba a los recursos materiales y técnicos actuales y a recuperar el humanismo y la ética cristiana sembradas durante la conquista. Puesto que:

América surgía con la aventura [...] de circuitar la tierra y acercar, en nuevo poblamiento y peregrinación de argonautas, la dividida familia de los hombres. Si en ese mundo nuevo las gentes podrán ser felices y vencer la desigualdad y la guerra que imperaba en las viejas sociedades, es la pregunta que durante todo el siglo XVI se formularon los humanistas [...], desde Pedro Martir hasta Montaigne, [...] Tomás Moro. Cumplir después esa esperanza que se recogió en el Acta de Filadelfia y en el pensamiento de los libertadores, es todavía la mejor meta de toda la cultura americana, síntesis y concordia de las otras, de lo que poblaron y los que llegaron, que fraternalmente debemos hacer (*Cuadernos*, 1962, 61, p. 52).

En 1963 arraigaron otras voces –entre ellas latinoamericanas– que anhelaban la comprensión global de los problemas en sociedades inestables, etiquetadas en categorías irreductibles según los centros de poder político, económico y militar: países desarrollados, subdesarrollados y en vías de desarrollo. En efecto, el senegalés Leopold Sédar Senghor<sup>20</sup>, quien venía ejerciendo

<sup>20</sup> Nació en 1906 y murió en 2001. Fue poeta, docente, ensayista y miembro de la Academia francesa. Estudió en La Sorbona, por provenir de una familia acomodada. Creó, junto al martiniqués Aimé Césaire y al guayanés Léon Gontran Damas, la revista *L'Etudiant noir*, en 1934. Allí expresó por primera vez su noción de la negritud, luego introducida por Césaire en *Négrerie*. El proyecto de Sédar Senghor era crear una “civilización de lo universal” gracias a la poesía simbolista, que uniría las tradiciones más allá de sus diferencias y la igualdad dentro de la diversidad. Hacia 1945 se afilió al partido socialista francés, pero rehuyó la vía marxista. Durante los ‘50 fundó en Dakar la Escuela Superior de Artes y el Instituto de Estudios Superiores, luego convertido en Universidad Pública (1957). Luchó contra la ocupación colonial francesa y en 1960 juró como presidente de Senegal.

un notable activismo político en su país (antigua colonia del África occidental francesa), fue invitado por la Universidad de Bahía (Brasil) a dictar conferencias. Allí expuso su tesis: que el éxito cultural de América Latina, y de Brasil, radicaba

[...] en la mezcla de sangre y los cambios de culturas [...] [allí donde] [...] cuatro corrientes étnicas, o cuatro razas, y [...] cuatro civilizaciones, formaron el brasileño de 1964. Y sobre todo porque se practica conscientemente, sin complejo alguno, una política de integración de los valores complementarios (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 7).

La indianidad era el tronco donde se había injertado, simbióticamente, el mundo de la latinidad, extensivo a la lusitanidad y la africanidad. Se precisaba un nuevo humanismo, con pivote en la universidad, para “enseñar en todas las disciplinas los valores de universalidad de cada civilización distinta” (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 8). Los estudios de la africanidad incluían la negritud o valores de civilización del mundo negro, concepto ya definido por Sédar Senghor y Aimé Césaire. Brasil y Senegal se necesitaban mutuamente: mientras el primero construía la civilización de lo universal, el segundo buscaba esta salida y precisaba un interlocutor avezado en el diálogo global. Sédar Senghor afirmaba: “Nunca estas virtudes fueron más necesarias que en este siglo nuestro de dicotomías y de prejuicios, de confusiones y de simplificaciones, de ideologías sin espíritu y de estéticas sin imaginación” (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 9).

Estas reflexiones abrevaban en el pensamiento moderno, donde el modo de conocer es a través de la razón cartesiana, cuya rigurosidad metódica fluiría en el espíritu humano. Sin embargo, este se movía entre dos tensiones racionales, alimentadas por herencias de las civilizaciones mediterráneas (íberos y ligures, cretenses y semitas, sumerios y egipcios). Eran:

[...] la razón discursiva que distingue y abarca los hechos y la razón intuitiva que transfigura el hecho, haciendo de él una imagen-símbolo dotada de sentido. En otros términos [...] la razón discursiva se halla en el origen de las ciencias y de las técnicas, y la razón intuitiva en el de la religión y de la filosofía, de las letras y de las artes (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 9).

¿Cómo incorporar en la perspectiva global de la historia el concepto negritud? Según la noción de pasado práctico, la filosofía y la psicología –dice el senegalés– han discurrido hacia el binomio racismo-antirracismo. Junto con Cesaire sostenían que aquél era

[...] el conjunto de valores de civilización de los negros de todo el mundo; [...] la voluntad activa de cultivar estos valores para aportarlos como contribución a la elaboración de las respectivas culturas nacionales, mejor aún, a la edificación de la civilización de lo universal (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 10).

En este escenario, África era “el continente [donde] la regla de oro de la sociedad es rendir a cada hombre, cualquiera que sea su raza y su condición social, las muestras de respeto que se deben a la dignidad de la persona humana” (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 11). Esa razón intuitiva fundía negritud y humanismo en la imaginación creadora del hombre. Y ésta era el instrumento por el cual el negro transmutaría su naturaleza y realidad en imagen-símbolo, transitando “del sentir al pensar: de la cantidad a la calidad, del signo al sentido, que es el movimiento mismo del humanismo, la definición del espíritu” (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 10).

El artículo de Sédar Senghor contribuye al estudio global del concepto mestizaje<sup>21</sup>, ya que lo sitúa en la intersección conciliadora

---

<sup>21</sup> El senegalés colaboró con varias universidades europeas, estadounidenses y latinoamericanas. Esta conferencia fue una invitación al Primer Festival de Artes negras y negro-africanas, a celebrarse en su

entre “lo que el negro ha aportado y lo que ha recibido” (*Cuadernos*, 1965, 92, p. 11). Y puesto que se trata del ser humano, se trata de universalidad y, por ende, de la universidad como polo de atracción para el estudio de los valores de mundos y áreas culturales. Su propósito era proyectarlos en la transformación inmediata de sociedades –latinoamericanas, africanas y asiáticas– que orbitaban en torno a las necesidades de los centros de poder. En rigor histórico, el tono desafiante de la guerra fría cultural desde mediados de 1960, incitaba mayores invectivas entre intelectuales de una orilla y de otra. Las revistas culturales dieron pruebas plenas de estas tensiones en el campo cultural regional.

Víctor Raúl Haya de la Torre<sup>22</sup>, figura representativa del nacionalismo continental y revolucionario latinoamericano, fue asiduo colaborador de la revista *Cuadernos*. En 1965 escribía “La unidad latinoamericana, garantía de antiimperialismo y democracia”, cuya tesis es que solo el APRA había planteado una “solución decisoria de libertad, seguridad, antiimperialismo y democracia social para nuestros pueblos: la UNIFICACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA” (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 12. Mayúsculas en el original). Así enfrentaba a los reductos liberales y conservadores, y a los nacionalistas revolucionarios “que son los secuaces ultramarinos de la consigna staliniana de socialismo en un solo país, los cuales no vienen a ser sino nacionalsocialistas a la criolla, vale decir nazis a contrapelo” (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 12). El texto inspirador fue

---

país en diciembre de 1965. La repercusión del evento llegó a las páginas de las publicaciones emparentadas con el Congreso por la Libertad de La Cultura, entre ellas *Cuadernos*.

<sup>22</sup> Nació en 1895 y murió en 1979. Fue abogado, filósofo y político, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y líder del Partido Aprista Peruano, el más longevo y el de mayor consistencia orgánica de la política peruana. Enrolado en las filas del socialismo latinoamericano, tuvo acuerdos y desacuerdos con José C. Mariátegui, de quien terminó distanciándose. Su propuesta semántica “Indoamérica” resonó entre los intelectuales, no así en la arena política nacional y continental. Autor de numerosos libros y activo promotor del editorialismo político-ideológico latinoamericano.

“Conciencismo: filosofía e ideología para la de-colonización”, publicado ese año por Kwame Nkrumah, presidente de Ghana, quien había definido como “conciencismo o conciencialismo”

[...] al despertar de la conciencia unionista, antiimperialista y socialista africana. [...] [es decir] [...] encontrar las armas del conocimiento e interpretación de la vida en el ambiente y las condiciones de vida del pueblo africano [...] [el cual] [...] dispondrá las fuerzas que capacitarán a la sociedad africana para asimilar los elementos occidentales, islámicos y eurocristianos en África y desarrollarlos en tal forma que ellos se ajusten a la personalidad africana (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 12).

En efecto, nuestro presente histórico, nuestro pasado práctico latinoamericano debía estudiarse a través del método relativista, cuya definición disruptiva de tiempo-espacio histórico expresaría que “la historia de los pueblos no europeos aparezca inteligible” (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 13). La búsqueda del camino propio requería explicitar, según Haya de la Torre, un binomio semántico de fuerte carga ideológica: “[...] cuando leemos u oímos la demagógica sentencia de que la unidad latinoamericana tendrá que realizarse fuera del imperialismo, vienen muchas ganas de responder que el imperialismo sólo será puesto fuera de nuestra órbita mediante la unidad latinoamericana” (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 13). A continuación describía las condiciones materiales de Perú y América Latina, donde pudieran surtir efecto transformador las interacciones cruzadas entre Moscú y Washington. Estaba convencido de que la publicitada coexistencia pacífica solo era la decisión soviética de convivir con un mundo social al que se pretendió abatir. Este nuevo capitalismo de Estado llevaría

[...] implícito el renunciamiento a la lucha de clases, a la revolución y a la guerra; porque los avances inesperados de la otra revolución, la de la ciencia y de la técnica, vienen a recusar el lema marxista de

que la violencia es la partera de la historia (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 15).

A diferencia de otros escritores analizados en este trabajo, Haya ejerció una vocación política de militancia activa, dentro de un partido político, y priorizando la noción de

[...] nuestra interdependencia creciente, demostrada en el hecho de que no hay posibilidad de parcelar nacional o localmente el gran problema social latinoamericano, porque es [...] *continental* [...] [De ese modo arribó] al enunciado aprista de postular el principio de nuestra unidad –federal o anfictiónica– latinoamericana [...] que los grandes males nos unen, y por tanto deben unirnos los grandes remedios (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 15).

Estamos frente a una historia global, no solo por la agenda de temas y problemas para resolver en nuestra América (conectividad física, salud, educación, vivienda, alimentación, aprovechamiento de ríos, etc.) propuesta por Haya de la Torre, sino que también hay una dimensión de historia cultural, cuyo concepto fundante es que:

Las soluciones de tipo nacional o local para todos aquellos problemas fundamentales tienen la limitación de las fronteras políticas sobre las cuales ellos rebasan. Porque ésta es regla histórica para América Latina: todo lo que en ella ha sido frustración se ha detenido o estancado en sus linderos nacionales (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 16).

En tal sentido, la principal revolución continental fue la independentista en el siglo XIX, que no pudo evitar –en lo sucesivo– que los distintos pleitos derivados de asuntos fronterizos evitaran la desintegración de aquel propósito unionista. No obstante, Haya de la Torre confiaba en dos factores capaces de consolidar nuestra tradición democrática. Por un lado, el mestizaje, proceso con su

propia dimensión y devenir. Parafraseando a José Vasconcelos, afirmaba: “Esa surgente raza cósmica [...] que lleva implícita la negación de los prejuicios racistas, es la garantía normativa de una democracia auténtica; porque es la no discriminación racial un fundamento y condición de igualdad, acaso el más estable” (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 16). Y, por otro lado, la vocación de libertad, protagonista de una tradición de luchas obstinadas

[...] de masas y pueblos contra dictadores, caudillos y tiranos [...] sin renunciar a la libertad de credo, de opinión y de elección [...] sin caer bajo la dictadura que [...] ya ha sido conocida y sufrida y es [...] execrada por nuestros pueblos (*Cuadernos*, 1965, 93, p. 16).

#### 4. Palabras finales

Este trabajo ha indagado en las tramas americanistas de autores y temas seleccionados que, en diferentes épocas de publicación de *Cuadernos*, contribuyeron a definir la personalidad continental de los '50 y '60. Durante los años de publicación de la revista sucedieron distintas experiencias históricas que, siguiendo la historia global, nos acercan a los intercambios conceptuales plasmados en sus páginas. Estos colaboradores (G. Arciniegas, J. Maurín, A. Orrego, J. Mañach, F. Diez de Medina, E. Oribe, L. Monguió, M. Picón-Salas, L. Sédar Senghor y V. R. Haya de la Torre) han sido incluidos dentro de lo que François Hartog (2007) denomina régimen de historicidad. Ellos articularon en sus propuestas, el pasado, el presente y el futuro de América Latina a través de nociones históricas claves y, en tanto actores sociales, fueron espejo, lente o sonda para explorar diversas temáticas. Pero también fueron nuestro objeto de análisis por su capacidad para interpretar y aprovechar su –relativa– libertad frente a la fuerza estructural de instituciones, normas y tradiciones.

Desde lo individual hacia lo global, sus experiencias discursivas configuran historias conectadas por los cruces programáticos significativos propuestos intencionalmente en *Cuadernos*. Los registros americanos analizados como práctica historiográfica y definición identitaria, adscriben a la noción de pasado práctico porque adoptaron una estrategia de resistencia intelectual cultivada desde el siglo XIX, que fue brújula para enfrentar el dilema político-ideológico de la época. Igual que Martí se movió entre dos ríos seculares (el XIX y el XX), América Latina saldría de esa contradicción con una afirmación (libertad) y una negación (autoritarismo). Además, la obsesión por la definición semántica precisa frente al mundo recupera el presente histórico, y esta ha sido una tarea permanente al interior de nuestras tradiciones intelectuales y culturas políticas. El boliviano Fernando Díez de Medina prefería “América Bolivariana” porque nuestros nombres eran provisarios, insuficientes e irreales y no respondían a la complejidad continental.

En efecto, hemos identificado el engranaje de varios conceptos: independencia, emancipación; libertad; mestizaje; ontología del ser americano; adaptación y creación; unidad o unificación; tierra o energía telúrica; desintegración cultural; conciliación cultural; fraternidad americana; fusión de latinidad, africanidad-negritud e indianismo; humanismo americano; revolución (agraria-indigenista, proletaria; antiimperialista); nacionalismo regional; protesta social; nacionalismo americano; americanismo continental; espacio-tiempo histórico; desarrollo y subdesarrollo. Todos han sido resignificados en el contexto de su vinculación socio-histórica. Sus miradas provinieron de diferentes ángulos: historia, literatura, arte, política, antropología, sociología, filosofía. Los autores convocados habían desarrollado una experticia reflexiva en sus países de origen, coherente con la responsabilidad asumida al ser convocados para escribir en *Cuadernos*. Por sus afinidades político-ideológicas y su adscripción a determinados

campos culturales, su tradición intelectual ancló en el liberalismo y fue favorable al comunismo no estalinista. Pero el dolor epocal por América Latina se transmutó en historias conectadas que surgieron en esta ofensiva ideológica sobre un teatro geopolítico que desplegaban las diplomacias culturales estadounidense y soviética. Parafraseando a Antenor Orrego, la pertenencia a la tierra americana (montañosa, de llanura, de meseta, de desierto o insular) les daba estatura ética suficiente para alzar sus voces críticas, no necesariamente destructivas ni radicalizadas en la defensa de sus convicciones.

Este recorrido conceptual es en parte lineal, en parte discontinuo, y se aferra a los procesos históricos que nos han conformado como región, con profusa referencia a autores y obras decisivos. Por ejemplo: la trayectoria civilizadora de las comunidades indígenas; las hazañas militares de los libertadores; la configuración inversa de nuestra América que fue desde la imposición de los principios hacia la inclusión de sus materialidades y espiritualidades; la insatisfacción de Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona o Rubén Darío respecto de la vecindad conceptual con Europa y la cercanía geográfica y económica no deseable con Estados Unidos; José Martí y su grito inspirador de libertad y justicia; el proyecto educativo de Andrés Bello y José Joaquín de Mora; la tragedia humana de poblaciones indígenas y negras oprimidas y sin derecho a la ciudadanía real y efectiva del siglo XX; Francisco Bilbao y su proyectada raza latinoamericana, cuya favorable posición como bloque regional en el concierto mundial del siglo XX podía afincar en la tradición de ‘la unidad en la diversidad’.

La lista es infinita, considerando que *Cuadernos* alcanzó 100 ejemplares en poco más de una década; y donde fue significativo el papel de Julián Gorkin y Germán Arciniegas para construir una historia transcontinental de la cultura americana, que no renegaba de su origen europeo-occidental pero que deseaba hacer pivotar en nuestro continente. Convocaron a la reflexión introspectiva, al

diálogo con otras culturas y a la emergencia programática de un destino optimista a pesar de las dificultades. Allí estaba la historia para recordar lo transitado sin olvidar lo alcanzado y para seguir enhebrando una trama en torno a lo que Diez de Medina había llamado “atlanticidad cultural”; es decir un espacio que se identificaba como Nuevo Mundo para diferenciarse del Viejo (Mundo), y donde lo indígena y lo ibérico arraigaban en tensión de universalidad, pero integrando un élan vital de unidad histórica.

La tesis de Leopold Sédar Senghor remataba, con acierto, el significado de la integración de los “valores complementarios” en la mixtura sociológica de la realidad americana. En efecto, latinidad, africanidad e indianidad se habían conjugado en el espíritu humano universal; y la negritud aportaba los valores civilizatorios de los negros y de los negros-africanos. La simbiosis de la razón discursiva y la razón intuitiva lograron que el mestizaje fuese integración conciliadora en América Latina. El diálogo de autores africanos, asiáticos y latinoamericanos en *Cuadernos* también ha permitido observar que la teoría de Antenor Orrego acerca de los gérmenes históricos o culturales desanda, en perspectiva global, la disyuntiva epocal: el humanismo americano es, entonces, una categoría universal integrada por derecho propio al registro occidental.

Pues de lo que se trata, señala Víctor Raúl Haya de la Torre, es de fortalecer la comprensión global de los problemas a través de la teoría del espacio-tiempo histórico, o sea superar los límites nacionales para interpretar las modulaciones conectadas en nuestro presente histórico. Es decir, hallar herramientas para el conocimiento y la interpretación en el ambiente y las condiciones de vida del pueblo americano –y por extensión africano, asiático– que permitan asimilar otros gérmenes culturales que, aunque estuvieran inmersos en el inconsciente,emergerían a la superficie cuando fuese la oportunidad histórica creadora.

## Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, (73), 249-264.
- Aguilhon, Maurice (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Albuquerque F., Germán (2011). *La trinchera letrada y los intelectuales latinoamericanos*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- AA.VV. (1953). *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (1), 4.
- Arciniegas, Germán (1953). José Martí, símbolo de América. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (2), 3-5.
- Arciniegas, Germán (1963). Un saludo cordial. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (70), 2.
- Aróstegui, Julio (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- Chartier, Roger (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Conrad, Sebastian (2017). *Historia Global. Una nueva visión para el Mundo actual*. Barcelona: Crítica.
- Deleuze, Gilles (1990). ¿Qué es un dispositivo? En G. Deleuze, B. Gots, H. L. Dreyfus, M. Frank, A. Glücksmann y E. Balibar (comps.), *Michel Foucault, filósofo* (pp. 155-163). Barcelona: Gedisa.
- Diez de Medina, Fernando (1961). De América, la nuestra, y su destino. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (47), 9-20.
- Dosse, François. (2002). De la historia de las ideas a la historia intelectual. *Historia y grafía*, 19, 171-192.
- Fazio Vengoa, Hugo y Fazio Vargas, Luciana (2018). La historia global y la globalidad histórica contemporánea. *Historia Crítica*, (69), 3-20. <https://doi.org/10.7440/histcrit69.2018.01>
- Ferreira Funes, Florencia y Llano, María del Carmen (Coords.) (2014). Introducción. En *Corrientes políticas y sociales en América Latina* (pp. 15-69). Buenos Aires: Dunken.
- Gadamer, Hans-George (2017). *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. (17<sup>a</sup> reimpresión). Salamanca: Sigueme.
- García Fanlo, Luis (2011). ¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben. *A Parte Rei*, (74), 1-8.
- Gilman, Claudia (2012). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Glondys, Olga (2007). *Reivindicación de la Independencia Intelectual en la primera época de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953)-XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

- Hartog, François (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- Hausberger, Bernd y Vázquez Valenzuela, David A. (2023). Presentación al Dossier Vidas globales. Enfoque biográfico e historia global. *Revista Mexicana*, 73(1), 289, 167-204.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1965). La unidad latinoamericana, garantía de antiimperialismo y democracia. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (93), 12-16.
- Hölscher, Lucien (1996). Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos. En: I. Olábarri y F. J. Caspistegui (Dirs.), *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. (pp. 69-82). Madrid: Complutense.
- Jannello, Karina (2021). La Guerra Fría cultural en sus revistas. *Universum*, 36(1), 131-151
- Koselleck, Reinhhardt (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Louis, Annick (2014). Las revistas literarias como objeto de estudio. En H. Ehrlicher y N. Ripler-Pipka, *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Berlín: Shaker Verlag. Recuperado de: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/annick-louis-las-revistas-literarias-como-objeto-de-estudio>
- Lowý, Michael (1997). *Redención y Utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Mañach, Jorge (1958). El drama de Cuba. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (30), 63-76.
- Maurín, Joaquín (1953). Arciniegas o la conciencia de América Latina. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (2), 101-104.
- Monguió, Luis (1962). Nacionalismo y protesta social en la literatura hispanoamericana. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (58), 41-48.
- Oribe, Emilio (1961). Unidad de nuestra América en la historia y el pensamiento. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (49), 3-8.
- Orrego, Antenor (1955). ¿Arte mestizo o arte iberoamericano? *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (11), 77-80.
- Orrego, Antenor (1960). Clave del proceso cultural americano. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (44), 51-56.
- Picón-Salas, Mariano (1962). América Latina: Vecindad y frontera (Mitos y formas del subdesarrollo). *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (62), 45-52.
- Pita González, Alexandra (2014). Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas sociales y espacios de sociabilidad. En: H. Ehrlicher y N. Ripler-Pipka (eds.). *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica. Op. Cit.* Recuperado de <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/alexandra-pita-gonz%C3%A1lez-las-revistas-culturales-como-soportes-materiales-pr%C3%A1cticas>
- Pocock, John G. A. (2012). *Pensamiento político e historia. Ensayo sobre la teoría y el método*. Madrid: Akal.

Pries, Ludger (1996). ¿Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 11(2), 395–417. <https://doi.org/10.24201/edu.v11i2.975>

Quijada Mauriño, Mónica y Bustamante García, Jesús (eds.) (2002). Introducción. En *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)* (pp. 29-32). Madrid: CSIC / Instituto de Historia / Departamento de Historia de América.

Ruiz Durán, Francisco J. (2014). El Congreso por la Libertad Cultural, visto desde las dinámicas de la Guerra Fría. *Memoria y sociedad*, 18(36), 134-148. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.MYS18-36.cplc>

Ruiz Galbete, Marta (2006). Los Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina. *El Argonauta Español* [En línea]. <https://doi.org/10.4000/argonauta.1095>

Ruiz Galbete, Marta (2013). Los trabajos intelectuales del anticomunismo: el congreso por la libertad de la cultura en América latina. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [En línea]. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.66101>

Sánchez-Prieto, Juan María (2009a). Más allá del giro lingüístico: Koselleck y los nuevos horizontes de la historia intelectual. *Anthropos. Huellas del conocimiento*. (Dossier: Reinhart Koselleck. La investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político), (223), 20-54.

Sánchez-Prieto, Juan María (2009b). De los conceptos a las culturas políticas. Perspectivas, problemas y métodos. *Anthropos. Huellas del conocimiento*. (Dossier: Reinhart Koselleck. La investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político), (223), 106-118.

Sédar Senghor, Leopold (1965). Latinidad y negritud. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, (92), 7-11.

Skinner, Quentin (2007). *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Stonor Saunders, Frances (2013). *La CIA y la guerra fría cultural*. Barcelona: Debate.

Tamm, Marey y Burke, Peter (2019). *Debating new approaches to History*. London: Bloomsbury Academic

White, Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

White, Hayden (2012). El pasado práctico. En V. Tozzi y N. Lavagnino (Comps.), *Hayden White, la escritura del pasado y la historiografía* (pp. 19-39). Sáenz Peña: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Williams, Raymond (1994). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós Ibérica.

### **María Marcela Aranda**

Doctora en Historia (Universidad Nacional de Cuyo, 2008), Especialista en Docencia Universitaria (Universidad Nacional de Cuyo, 2014). Profesora y Licenciada en Historia (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1991 y 1994). Ha realizado estancias postdoctorales en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA),

Universidad de Santiago de Chile (2009-2010). Es Profesora de Grado (Titular Efectiva en Historia de las Ideas Políticas y Sociales Americanas y Argentinas, Historia Americana Contemporánea y Diseño del Proyecto de Tesis de Licenciatura, en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo); y de Posgrado en la Universidad Nacional de Cuyo (Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales) y en la Universidad Nacional de San Juan (Maestría en Historia, Facultad de Filosofía Humanidades y Artes). Es Categoría II (Programa de Incentivos, Ministerio de Educación y Deportes).

Sus líneas de investigación se orientan a la historia de las ideas políticas y sociales de América desde el siglo XIX hasta la actualidad, contextualizadas en su entramado político-institucional, social, económico y cultural; y atendiendo la producción historiográfica manifestada en diferentes soportes culturales. En esa complejidad epistemológica y metodológica se verifican: circuitos de producción y recepción, condiciones y lugares de enunciación, autorreferencialidad y mediaciones del lenguaje como actitud crítica que señala posibilidades, insuficiencias e inconsistencias de la vida histórica.

Actualmente dirige el Proyecto: “América Latina: representaciones, prácticas, espacios. Debates historiográficos y disputas por los sentidos y las significaciones” (SIIP, UNCuyo, 06/G059-T1.) y co-dirige “Culturas letradas: publicaciones periódicas, revistas culturales y literatura memorialista en el siglo XX. De las redes intelectuales y políticas al libro y la edición” (SGCyT, UNS, 24/1275) y “Debates historiográficos e historia presente en América Latina. Disputas por los sentidos y las representaciones” (Equipos en formación, FFyL, UNCuyo. 574/2022-CD.). Es autora de artículos de revistas científicas y capítulos de libros relacionados con sus líneas de investigación.